

confederacion con los Tlascalenses, llamó al rei de Tezcucó, su sobrino, al príncipe Cuitlahuatzin, y a otros consejeros, les espuso el estado de las cosas, les descubrió sus temores, y les pidió su parecer, sobre el partido que le convendría tomar en tan arduas circunstancias. El rei de Tezcucó se mantuvo en su primer parecer; esto es, que los estrangeros fuesen magníficamente tratados por donde quiera que pasasen; que fuesen benignamente admitidos en la capital, y se diese oídos a sus proposiciones, como a las de cualquier vasallo, mostrando siempre el rei su superioridad, y guardando aquel decoro que convenia a la magestad del trono; que si llegaban a maquinár contra la persona del rei, o contra la seguridad del estado, se empleasen contra ellos la fuerza, y la severidad. El príncipe Cuitlahuatzin repitió lo que había dicho en la otra conferencia: que no era conveniente admitir a los estrangeros en la capital; que se enviase a su gefe un buen regalo, y que se le preguntase qué era lo que deseaba de aquel país para el gran señor en cuyo nombre venia, y se le ofreciese la amistad, y la buena correspondencia de los Megicanos; pero que al mismo tiempo se le hiciesen nuevas instancias para que regresase a su patria. De los consejeros, unos abrazaron el dictamen del rei de Tezcucó, y otros el del señor de Iztapalapan, al que se mostró mas inclinado Moteuczoma. Este desventurado rei no hallaba por todas partes si no objetos, y motivos de temor. La inminente confederacion de los Tlascalenses con los Españoles, lo ponía en suma inquietud. Por otra parte recelaba de la alianza de Cortés, con el príncipe Ijtlijochitl, su sobrino, y su enemigo jurado, el cual desde que conspiró contra el rei de Tezcucó, su hermano, no había dejado las armas, y a la sazón se hallaba en Otompan, a la cabeza de un ejército formidable. Aumentaba sus temores la rebelion de algunas provincias, que habían seguido el ejemplo de los Totonagues.

Envió pues seis embajadores a Cortés con mil trages curiosos de algodón, y una buena cantidad de oro, y hermosas plumas, encargándoles que le diesen la enhorabuena por sus victorias, y le ofreciesen mayores regalos si desistía del viage a Megico, representándole las dificultades del camino, y otros obstáculos que no podían ser superados fácilmente. Partieron los embajadores con un séquito de mas de doscientos hombres, y llegados al campo de los Españoles ejecutaron puntualmente lo que se les había mandado. Cortés los recibió con los honores debidos a su carácter, y les manifestó cuán agradecido estaba a la bondad de tan gran monarca; pero los entretubo con varios pretextos, esperando que se empeñase algún encuentro con los Tlas-

calenses, que acreditase a los Megicanos el valor de sus tropas, y la superioridad de las armas Europeas, o que hecha la paz con la republica, fuesen testigos de la severidad con que pensaba reconvenir a los Tlascalenses por su ostinacion. En efecto, no tardó en presentarse la ocasion que tanto deseaba. Tres batallones enemigos atacaron el campamento Español con ahullidos espantosos, y con una tempestad de dardos, y flechas. Cortés, apesar de haber tomado aquel día un purgante, montó a caballo, y salió intrepidamente contra los Tlascalenses, a los que derrotó, sin mucho esfuerzo, a vista de los embajadores.

#### *Paz y confederacion con los Tlascalenses.*

Persuadidos al fin los partidarios del viejo Gicotencatl que no convenia a la republica la guerra con los Españoles, y temiendo además que estos se aliasen con los Megicanos, resolvieron de comun acuerdo hacer la paz, y tomaron por mediador de ella al mismo que había sido general en la guerra. Gicotencatl, aunque al principio reusó aquel encargo, por la vergüenza que tenía del éxito infausto de la campaña, se vio obligado al fin a aceptar la comision. Pasó pues al campo de los Españoles, con una noble y numerosa comitiva, saludó a Cortés en nombre de toda la republica, se escusó de las hostilidades, con el pretexto de haberlo creído aliado de los Megicanos, tanto por causa de los soberbios regalos que se le habían enviado de Megico, como por el gran número de gente de aquella nacion que traía consigo, prometió una paz firme, y una alianza eterna entre Tlascalenses, y Españoles, y le presentó un poco de oro, y algunas cargas de ropas de algodón, escusando la pequeñez del regalo con la pobreza de su país, efecto de la guerra perpetua con los Megicanos, que impedían su comercio con las otras provincias. Cortés no omitió ninguna demostracion de respeto para con Gicotencatl; fingió quedar satisfecho de sus excusas; pero exigió que la paz fuese sincera y durable, pues si llegaban a romperla, tomaría de ellos tan terrible venganza, que serviría de ejemplo a las otras naciones.

Hecha la paz, y despedido Gicotencatl, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa, en acción de gracias al Altísimo. Fácil es de imaginarse el disgusto con que verían los embajadores Megicanos aquel convenio. Quejaronse a Cortés, y le echaron en cara su demasiada facilidad en dar crédito a las promesas de unos hombres tan perfidos como los Tlascalenses. Decíanle que aquellas apariencias de paz no tenían otro objeto que inspirarle confianza para atraerlo a

su capital, y hacer alli sin peligro lo que no habian podido conseguir con las armas en el campo; que comparase la conducta del senado con la del rei de Megico. Los Tlascalenses, despues de haberles concedido pacificamente el permiso de entrar en su pais, no habian cesado de hacerles la guerra, hasta que conocieron que sus esfuerzos eran inutiles. Los Megicanos, por el contrario, no les habian hecho la menor hostilidad, antes bien les habian prodigado los obsequios, y los servicios, en todos los pueblos de su territorio a donde habian llegado, y su soberano les habia dado las pruebas mas relevantes de amistad, y benevolencia. Cortés respondió que no creia hacer daño con aquel tratado a la corte de Megico, a la cual se manifestaba sumamente reconocido, pues su intención era tener paz con todos; que, por lo demas, no temia a los Tlascalenses en caso de que quisieran ser sus enemigos; que para él, y para los otros Españoles tanto valia ser atacados en los muros de una ciudad, como en medio del campo; tanto de dia como de noche; que antes bien, por lo mismo que de los Tlascalenses le decian, queria ir a su ciudad, para tomar en ella una estrepitosa venganza de su perfidia.

Mui lejos estaban los Tlascalenses de aquella deslealtad que les imputaban los Megicanos, por que desde el momento en que el senado decretó la paz, fueron siempre los mas fieles aliados de los Españoles, como se vera en el discurso de esta historia. Deseaba el senado tener a Cortés con todo su egercito en Tlascalca, para estrechar la mutua amistad de ambas naciones, y para tratar seriamente de la confederacion contra los Megicanos, y ya los senadores habia enviado mensageros a Cortés, convidandolo a tomar alojamiento en sus casas, pues no podian sufrir que tan ilustres amigos de la republica padeciesen la menor incomodidad.

#### *Nuevas embajadas.*

No fue la alianza de los Tlascalenses el unico fruto que los Españoles sacaron de sus victorias. En el mismo campo en que habian oido a sus embajadores, recibió Cortés a los de la republica de Huejotzinco, y a los del principe Ijttiljochitl. Los Huejotziques, que habian sido vasallos de la corona de Megico, y enemigos de los Tlascalenses, se habian sustraído al dominio de aquella, y confederado con estos, que eran sus vecinos, y por esto siguieron su egerplo, uniendose con los Españoles. El principe Ijttiljochitl envió embajadores a Cortés, para felicitarlo por sus victorias, y para convidarlo a seguir su viage por Teotlalpan, donde queria unir sus fuerzas con las

de los Españoles, para hacer la guerra al rei de Megico. Cortés, despues de haberse informado de la calidad, de las pretensiones, y de las fuerzas de aquel principe, aceptó de buena voluntad su alianza, y se ofrecio a colocarlo en el trono de Acolhuacan.

Al mismo tiempo volvió de la capital el embajador Megicano, que se esperaba, con un presente de joyas de oro, que importaban una suma considerable, y de doscientos preciosos trages de plumas, y con nuevas instancias de Moteuczoma, para disuadirlo de su viage a Megico, y de la alianza con los Tlascalenses: inutiles esfuerzos de la pusilanimidad de aquel monarca, pues el oro que prodigaba en sus regalos a aquellos estrangeros no era otra cosa que el precio con que compraba las cadenas que en breve debian esclavizarlo.

#### *Sumision de Tlascalca al rei Catolico.*

Seis dias habian pasado despues de la paz hecha con los Tlascalenses, cuando los cuatro gefes de aquella republica, para obligar a Cortés a ir a su capital, se hicieron llevar en sillas portatiles a su campo, con gran acompañamiento. Las demostraciones de júbilo, y respeto fueron extraordinarias, por una, y otra parte. Aquel ilustre senado, no contento con ratificar su alianza, prestó obediencia espontaneamente al rei Catolico; lo que fue tanto mas agradable a los Españoles, cuanto mas cara era a los Tlascalenses la libertad que de tiempo inmemorial habian gozado. Quejaronse en terminos amistosos de la desconfianza del caudillo Español, y con sus ruegos lo indugeron a ponerse en camino al dia siguiente para Tlascalca.

Faltaban cincuenta y cinco Españoles de los que se habian alistado en Cuba, y la mayor parte de los que quedaban, estaban heridos, o maltratados, y esto causó tanto desaliento en los soldados, que no solo murmuraban del general, sino que le rogaron volviese a la Vera Cruz: pero Cortés los reconvinó, y con eficaces razones de honor, y con su propio egerplo de brio, y de constancia en los peligros, enardecio sus animos, y los dispuso a seguir en la empresa empezada. Contribuyó en gran manera a restablecer sus esperanzas, la alianza que acababa de celebrarse.

#### *Entrada de los Españoles en Tlascalca.*

Los embajadores Megicanos, que Cortés tenia aun consigo, reusaron acompañarlo a Tlascalca: pero él los persuadió a acompañarlo, prometiendoles que a su lado estarian seguros. Superado este ostaculo, marchó el egercito, con buen orden, y preparado para cualquier

novedad. En las ciudades de Tecompantzinco, y de Atlhuetzian, fue recibido con toda la magnificencia posible, aunque no comparable a la de la capital, de la que salieron al encuentro de los Españoles los cuatro señores de la republica con una bella y numerosa danza de la nobleza, y con tan gran muchedumbre de pueblo, que de algunos fue estimada en cien mil personas; número verosímil, atendida la poblacion de Tlascalá, la novedad que produgeron aquellos hombres extranjeros, y la curiosidad que exitaron en los pueblos circunvecinos. En todas las calles de la ciudad se habian formado, segun el uso de aquellas naciones, arcos de flores y ramas de arboles, y por todas partes sonaba una musica confusa de instrumentos, y aclamaciones, con tan grandes demostraciones de jubilo, que mas parecian celebrar el triunfo de la republica, que el de sus enemigos. Este dia, tan memorable en los anales de Tlascalá, fue el 26 de Septiembre de 1519.

Era entonces aquella ciudad una de las mas considerables del pais de Anahuac. Cortés, en sus cartas a Carlos V, afirma, que en el tamaño, en la poblacion, en la calidad de los edificios, y en la abundancia de las cosas necesarias a la vida, era superior a Granada, cuando fue conquistada a los Moros, y que en su mercado, cuya descripcion hace, concurrían diariamente hasta treinta mil traficantes. El mismo conquistador asegura, que habiendo obtenido del senado un censo de la poblacion de la republica, en las ciudades, villas, y caserios, resultaron ciento y cincuenta mil casas, y mas de quinientos mil habitantes.

Habian preparado los Tlascalenses, para los Españoles, y para todos sus aliados, un bello, y comodo alojamiento. Cortés quiso que los embajadores Megicanos se alojasen en una habitacion proxima a la suya, tanto para hacerles honor, quanto para quitar de sus animos todo recelo de los Tlascalenses. Los gefes de la republica, para dar a los Españoles un nuevo testimonio de su sincera amistad, presentaron a Cortés, segun el uso de aquellos pueblos, trescientas bellas jovenes, Cortés las reusó al principio, alegando que la lei Cristiana condenaba la poligamia: mas despues aceptó algunas, por no disgustarlos, para que sirviesen, y acompañasen a Doña Marina. Apesar de su repulsa, volvieron mui en breve a regalarle cinco de la primera nobleza, que aceptó para estrechar mas y mas los vinculos de su amistad con la republica. Estas doncellas, y las otras, fueron prontamente instruidas, y renunciando a la supersticion de sus padres, recibieron solemnemente el bautismo, en un templo que Cortés mando asear, y com-

poner, para celebrar en él los sacrosantos misterios de nuestra Religion. Una de las cinco señoras era hija del principe Magijcatzin: tomó en el bautismo el nombre de Doña Elvira, y fue dada al capitan Juan Velasquez de Leon. Otra, hija del viejo Gicotencatl, se llamó Doña Luisa Techquihuatzin, y se dio al capitan Pedro de Alvarado\*, y las otras tres se dieron a los capitanes Cristoval de Olid, Gonzalo de Sandoval, y Alonso de Avila.

Estimulado por tan felices printipios, quiso Cortés persuadir a los gefes de la Republica y de la nobleza, a detestar su supersticion, y reconocer al verdadero Dios: mas ellos, aunque convencidos por sus razones, confesaron la bondad, y el poder del Dios que adoraban los Españoles, no quisieron renunciar a sus supuestas divinidades, porque las creian necesarias a la felicidad humana. "Nuestro dios *Camajtle*, decian, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa *Matlalcueye* envia la lluvia necesaria a nuestros campos, y nos defiende de las inundaciones del rio Zahuapan. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de nuestra vida, y su colera, provocada por nuestra ingratitud, podria atraernos los mas terribles castigos." Cortés, animado de un celo demasiado ardiente, y violento, queria hacer con los idolos de Tlascalá, lo mismo que habia hecho con los de Cempoalan, pero el padre Olmedo, y otras personas prudentes lo disuadieron de tan temerario atentado, haciendole ver que aquella violencia, ademas de no ser conveniente a la pacifica promulgacion del Evangelio, podria ocasionar la total ruina de los Españoles, en una ciudad tan populosa, y tan adicta al culto supersticioso que profesaba. No cesó sin embargo, en los dias que allí se detubo, de reconvenir a los Tlascalenses la abominable crueldad de sus sacrificios, inculcandoles la pureza, y la santidad de la Religion Cristiana, la falsedad de aquellos numenes que adoraban, y la existencia de un Ser Supremo, que rige todas las causas naturales, y vela con admirable Providencia, sobre la conservacion de sus criaturas. Estas exortaciones, hechas por un hombre de tanta autoridad, y de quien habian formado los Tlascalenses tan sublime concepto, aunque no produgeron todo el fruto que se deseaba, fueron mui utiles, pues movido por ellos el senado, mandó que se rompiesen las jaulas, y que se pusiesen en libertad los prisioneros, y los esclavos que se guardaban

\* Tubo Alvarado de Doña Luisa dos hijos, Don Pedro y Doña Leonor. Esta se casó con Don Francisco de la Cueva, caballero del orden de Santiago, gobernador de Guatemala, y primo del duque de Alburquerque. De este matrimonio nacieron muchos hijos.

para ser sacrificados a sus dioses en las fiestas solemnes, o en las necesidades públicas del estado.

Así se establecía cada día más, con nuevas demostraciones, la alianza de los Tlascalenses, en despecho de las continuas sugerencias que los embajadores Megicanos hacían para romperla. Cortés, aunque bien persuadido de la sinceridad de los Tlascalenses, había dado orden a sus tropas para que estuviesen siempre armadas, por lo que pudiera sobrevenir. Ofendióse de esto el senado, y se quejó amargamente de la desconfianza de Cortés, después de tantas y tan incontestables pruebas de buena fe como los Tlascalenses le habían dado: pero Cortés se escusó protestando que aquello no se hacía por desconfianza, sino por ser costumbre establecida entre los Españoles. Con esta respuesta quedaron satisfechos, y tanto les gustó aquella disciplina, que Magijcatzin quiso introducirla en las tropas de la república.

Finalmente, Cortés, después de haber adquirido en el tiempo de su mansión en Tlascal, una noticia más exacta de la situación de la ciudad de Megico, de las fuerzas de aquel reino, y de todo lo que podía coadyuvar al éxito de sus designios, determinó continuar su viaje; mas antes de partir regaló a los Tlascalenses un gran número de los trajes más hermosos que le había enviado Moteuczoma. Estaba dudoso sobre el camino que debía tomar para dirigirse a la capital del imperio. Los embajadores Megicanos querían que fuese por Cholula, donde se había preparado un gran alojamiento para toda su gente. Los Tlascalenses lo disuadieron de aquel plan, manifestándole la perfidia de los Choluleses, y aconsejándole que se encaminase por Huejotzinco, estado confederado con los Tlascalenses, y con los Españoles: mas Cortés se resolvió a ir por Cholula, tanto por complacer a los embajadores, como por acreditar a los Tlascalenses el poco caso que hacía de los esfuerzos de sus enemigos.

Los Choluleses habían sido aliados de Tlascal: pero a la llegada de los Españoles se habían confederado con los Megicanos, y eran enemigos jurados de la república. La causa de esta gran enemistad había sido la perfidia de los mismos Choluleses. Estos en una batalla que, como aliados de Tlascal, habían dado a las tropas de Megico, estando en la vanguardia del ejército, se pusieron, por una repentina evolución, a retaguardia, y atacando a los Tlascalenses por la espalda, mientras los Megicanos peleaban de frente, hicieron en ellos grandes estragos. El odio que encendió en los Tlascalenses esta detestable traición, solo buscaba ocasiones de venganza, y ninguna les pareció más oportuna que la de aquella alianza con los Españoles. Para inspirar el

mismo odio a Cortés, y moverlo a declarar la guerra a Cholula, le hicieron ver que la conducta de aquellos pueblos para con él era muy sospechosa, pues no le habían enviado mensajeros para complimentarlo, como lo hicieron los Huejotzincos, no obstante la distancia a que se hallaban. Referíanle además el mensaje que decían haber recibido de ellos, reconviniéndolos por su alianza con los Españoles, llamando-los cobardes, y viles, y amenazándolos que morirían todos anegados, en el punto y hora en que emprendiesen algún ataque contra aquella santa ciudad, pues, entre otros errores de su creencia, se figuraban que siempre que quisieran, podían, solo con echar abajo los muros del templo de Quetzalcoatl, hacer brotar ríos caudalosos, que en un momento inundarían la ciudad; y aunque los Tlascalenses no dejaban de temer aquel infortunio, el deseo de la venganza era más poderoso que el miedo en sus corazones.

Convencido Cortés por aquellas sugerencias, envió cuatro nobles Tlascalenses a Cholula, para saber de los señores de aquella ciudad el motivo de no haber tenido con él la consideración de que habían usado los Huejotzincos. Los Choluleses se escusaron con la enemistad de los Tlascalenses, de los cuales no podían fiarse\*. Esta respuesta fue enviada por cuatro plebeyos, lo que era una manifiesta demostración de desprecio. Aconsejado Cortés por los Tlascalenses, mandó a decir aquellos señores, por medio de cuatro Cempoaleses, que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España, no debía confiarse a tan viles mensajeros, cuando ni aun ellos mismos eran dignos de recibirla; que supiesen que el rey Católico era el verdadero dueño de aquellos países, y que él venía en su nombre a exigir homenaje de sus pueblos; que los que se sometiesen serían honrados, y los rebeldes castigados como merecían; que por tanto compareciesen en el término de tres días a tributar obediencia a su verdadero soberano, y que si así no lo hacían, serían tratados como enemigos. Los Choluleses, aunque se burlaron interiormente, como es probable, de tan arrogante

\* Torquemada añade que los Choluleses retubieron al principal de los mensajeros Tlascalenses, llamado *Pallahuatzin*, y que con inaudita crueldad le desollaron el rostro, y los brazos, y le cortaron la nariz: mas esto es falso, por que aquella crueldad no podía ser ignorada por los Españoles, y ni Bernal Díaz, ni Cortés, ni ninguno de los historiadores antiguos hace mención de ella. Cortés no la hubiera omitido en su carta a Carlos V, en justificación del castigo que impuso a los Choluleses, ni es verosímil que después de tamaño atentado cometido contra uno de sus mensajeros, hubiese aguardado otros indicios de la mala fe de aquella gente.

embajada, para disimular su maligno intento, se presentaron al siguiente día a Cortés, rogándole que escusase su falta, ocasionada por la enemistad de los Tlascalenses, y reconociéndose no solo amigos de los Españoles, sino vasallos de su rei.

*Entrada de los Españoles en Cholula.*

Resuelto pues el viage por Cholula, salio Cortés de Tlascala con toda su gente, y con un gran numero de tropas de aquella republica\* que mui en breve licenció, conservando solo seis mil hombres. Poco antes de llegar a Cholula, salieron a su encuentro los principales señores, y sacerdotes, con incensarios en las manos, y despues de las acostumbradas ceremonias de respeto, digieron al general que entrase con todos sus Españoles, y con los Totonagues, pero que no permitiese lo acompañasen los Tlascalenses, a quienes miraban como enemigos. Consintio en ello Cortés por complacerlos, y los Tlascalenses quedaron acampados fuera de la ciudad, imitando en la disposicion del campo, en el orden de las centinelas, y en todo lo demas, la disciplina militar de los Españoles. A la entrada del egercito Español, hubo la misma concurrencia, y las mismas ceremonias, aclamaciones, y obsequios que en Tlascala, mas no con la misma sinceridad.

Era entonces Cholula una ciudad populosa, distante diez y ocho millas de Tlascala, y cerca de sesenta de Megico, y no menos célebre por el comercio de sus habitantes, que por su religion. Su situacion, como en la actualidad, era una bella llanura, a poca distancia de aquel grupo de altas montañas que circundan el valle de Megico, por la parte de Levante. Su poblacion en aquel tiempo segun afirma Cortés era de cerca de cuarenta mil casas, y casi habia otras tantas en los lugares vecinos que le servian como de arrabales. Su comercio consistia en manufacturas de algodón, joyas, y vasigeria de barro, siendo mui famosos sus joyistas y alfareros. Por lo que respeta a la Religion puede decirse que Cholula era la Roma de Anahuac. Como el célebre Quetzalcoatl se habia detenido tanto tiempo en aquella ciudad, y habia favorecido tanto a sus habitantes, despues de su apoteosis se le consagró allí un culto especial. La estraordinaria muchedumbre de templos que allí habia, y especialmente el mayor, erigido sobre un monte artificial, que hasta ahora subiste, atraian a aquel pueblo, que se reputaba

\* Cortés dice que los Tlascalenses que lo acompañaron hasta seis millas antes de llegar a Cholula, eran cien mil guerreros poco mas o menos. Bernal Diaz cuenta tan solo dos mil de los diez mil que ofrecio el senado; mas esta seguramente es una distraccion de aquel escritor.

santo, un numero infinito de peregrinos, no solo de las ciudades vecinas, sino tambien de las provincias mas remotas.

Fue alojado Cortés con todas sus tropas en unas casas grandes, donde los dos primeros dias fueron abundantemente provistos de viveres: pero mui en breve empezaron a escasearselos hasta que llegó el caso de que solo les suministrasen agua y leña. Ni fue este el unico indicio que dieron de sus torcidas intenciones, pues a cada momento se ofrecian nuevos anuncios de la traicion que meditaban. Los aliados Cempoaleses habian observado que en las calles de la ciudad se habian construido unos grandes agujeros, en que se habian plantado estacas agudas, cubriendolas despues con tierra, lo cual no podia tener otro obgeto que el de inhabilitar los caballos. Ocho hombres, venidos del campo Tlascalense le avisaron que habian visto salir de la ciudad gran muchedumbre de mugeres, y niños, señal indudable en aquellas naciones de una guerra inminente. Ademas de esto se sabia que en algunas calles se formaban trincheras, y que habia grandes montones de guijarros en las azoteas de las casas. Finalmente una señora Cholulesa, que se habia prendado de la hermosura, del ingenio, y de la discrecion de Doña Marina, la rogó que se salvase en su casa del peligro que amenazaba a los Españoles: con lo que esta tubo ocasion de informarse de toda la trama, y de ella dio cuenta inmediatamente a Cortés. Este supo, de boca de la misma señora Cholulesa, que sus compatriotas habian concertado el esterminio de todos los Españoles, con el ausilio de veinte mil Megicanos, acampados cerca de la ciudad\*. No satisfecho con todos estos datos encargó a Doña Marina que emplease todas sus artes en hacer venir a su alojamiento dos sacerdotes, los cuales confirmaron todo lo que la señora habia descubierto.

Viendose Cortés en tan grave peligro, determinó emplear todos los medios oportunos para salvarse. Mandó llamar a su presencia a las personas de mas alto caracter de la ciudad, y les dijo que si tenian alguna queja contra los Españoles, la espusiesen claramente, como convenia a hombres de honor, y se les daria la competente satisfaccion. Ellos respondieron que estaban satisfechos de su conducta, y prontos a servirlo; que cuando resolviese marchar, seria abundantemente provisto de todo cuanto necesitase para el viage, y que aun se le darian fuerzas para su seguridad. Aceptó Cortés la oferta, y señaló el dia

\* Bernal Diaz dice que el egercito Megicano, segun se supo, era de veinte mil hombres. Cortés dice que los mismos señores de Cholula le confesaron que no bajaba de cincuenta mil.

siguiente para su marcha. Los Choluleses se fueron contentos, porque les parecia que todo se preparaba felizmente para el exito de sus designios, y para asegurarlo mas, sacrificaron a sus dioses, segun dicen, diez niños, cinco de cada sexo. Cortés reunió a sus capitanes, les descubrió las intenciones malvadas de aquellos hombres, y les mandó que le digesen su dictamen, sobre lo que debia hacerse en tanto aprieto. Algunos querian que se evitase el peligro, retirandose a la ciudad de Huejotzinco, distante apenas nueve millas de Cholula, o bien a Tlascala: pero la mayor parte se sometieron a lo que decidiese el general. Cortés dio las ordenes que le parecieron mas conducentes a su intento, protestando que no se creeria seguro en Mexico, sino dejaba bien castigada aquella perfida ciudad. Mandó a las tropas auxiliares de Tlascala que al dia siguiente, al despuntar el sol, cayesen de pronto sobre ella, destruyendo cuanto encontrasen, y respetando tan solo las mugeres, y los niños.

#### *Catastrofe de Cholula.*

Llegó finalmente aquel dia que debia ser tan infausto para los Choluleses. Aparejaron los Españoles sus caballos, apercibieron la artilleria, y las armas, y se formaron en un gran patio de su alojamiento, que debia ser el teatro principal de aquella tragedia. Llegaron los Choluleses al rayar el dia. Los señores, con unos cuarenta nobles, y los hombres de carga, entraron en las salas, y en las camaras, para tomar el equipage, mas en breve se les pusieron guardias para que no pudieran salir. Las tropas Cholulesas, a lo menos una gran parte de ellas, entraron en el patio, con otros nobles, a petición, sin duda del mismo Cortés, el cual, montando a caballo, les habló en estos terminos: "Yo, señores, me he esmerado en grangearme vuestra amistad; entré pacíficamente en esta ciudad, y ni yo, ni ninguno de los míos os hemos hecho el menor perjuicio: antes bien, para que no tubierais queja, no quise permitir que entrasen conmigo las tropas Tlascalasas. Además, os he rogado que me digais claramente si habeis recibido de nosotros algun agravio, para daros la debida satisfaccion: pero vosotros, con detestable perfidia, habeis urdido, bajo semblante de amistad, la mas cruel traicion, para que yo peresca con toda mi gente. Nada ignoro de vuestros malignos proyectos." Y llamando aparte a cuatro o cinco Choluleses, les preguntó qué razon habian tenido para maquinarse tan execrable atentado. Ellos respondieron que los embajadores Mexicanos, para complacer a su soberano, los habian inducido a esterminar a los Españoles. Cortés entonces, con el rostro

encendido en colera, habló así a los embajadores que se hallaban presentes: "Estos malvados, para escusar su delito, acusan de traicion a vosotros, y a vuestro rei: pero ni yo os creo capaces de tanta maldad, ni puedo persuadirme que el gran monarca Moteuczoma quiera ser tan cruel enemigo mio, al mismo tiempo que me concede las pruebas mas relevantes de amistad, ni que pudiendo abiertamente oponerse a mis pretensiones, se valga de la traicion para frustrarlas. Yo haré respetar vuestras personas en el escarmiento que voi a dar a estos perversos. Hoy pereceran, y su ciudad sera destruida. Llamo al cielo, y a la tierra por testigos, que su perfidia es la que arma nuestros brazos, para una venganza tan opuesta a nuestra indole."

Dicho esto, y dada la señal del ataque, que era un tiro de mosquete, partieron tan furiosamente los Españoles contra aquellas miserables victimas, que de todos los que se hallaban en el patio, que eran muchos, no quedó uno solo con vida. Los arroyos de sangre que corrian por el patio, y los tristes lamentos de los moribundos, hubieran bastado a mover a piedad todo corazon que no estuviese animado por el furor de la venganza. No quedando ya nada que hacer en aquel recinto, salieron por las calles, ensangrentando con el mismo furor las espadas en cuantos Choluleses se les presentaban. Los Tlascalasas entre tanto vinieron a la ciudad como leones sangrientos, aguijoneada su ferocidad por el odio a sus enemigos, y por el deseo de complacer a sus nuevos aliados. Tan horrendo e inesperado golpe puso en el mayor desorden a los habitantes: pero habiendose reunido en muchas huestes, hicieron por algun tiempo una vigorosa resistencia, hasta que notando los estragos que en ellos hacia la artilleria, y reconociendo la superioridad de las armas Europeas, de nuevo se desordenaron, retirandose confusos, y despavoridos. La mayor parte procuró salvarse con la fuga: otros recurrieron a la supersticion de arrasar los muros del templo para inundar la ciudad; pero viendo que aquella diligencia era inutil, procuraron fortificarse en los templos, y en las casas. Nada de esto les sirvió, porque sus enemigos empezaron a pegar fuego a todos los edificios en que hallaron alguna resistencia. Arden las casas, y las torres de los santuarios; por las calles no se ve mas que cadaveres ensangrentados, o a medio devorar por las llamas, y solo se oyen los clamores insultantes y amenazadores de los confederados, los debiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores, y los lamentos que dirigen a sus dioses, por haberlos abandonado en tan gran calamidad. De los muchos que se refugiaron a las torres de los templos, no hubo mas que uno solo que

se rindiese a sus verdugos: todos los otros perecieron en las llamas, o buscaron una muerte menos dolorosa, arrojandose desde aquella altura.

Con este horrible estrago\* en que perecieron mas de seis mil Choluleses, quedó por entonces despoblada la ciudad. Los templos, y las casas fueron saqueadas, apoderandose los Españoles de las joyas, del oro, y de la plata, y los Tlascalenses de las ropas, de las plumas, y de la provision de sal. Terminada apenas la catastrofe, se presentó un egercito de veinte mil hombres, enviados por la republica de Tlascal, bajo el mando del general Gicotencatl. Probablemente sería efecto de algun aviso despachado la noche antes al senado, por los gefes de las tropas Tlascalas, que acamparon fuera de la ciudad. Cortés agradecio el socorro, regaló a Gicotencatl, y a sus capitanes una parte del botín, y le rogó que se volviese con su egercito a Tlascal, puesto que no lo necesitaba: sin embargo, conservó consigo los seis mil hombres que lo habian ayudado en el castigo de Cholula, a fin de que lo acompañasen en su viage a Megico. De este modo quedó mas consolidada la alianza de Españoles, y Tlascalenses.

*Sumision de los Choluleses, y de los Tepeyaqueses a la corona de España.*

Vuelto Cortés a su alojamiento, en que habian quedado como prisioneros cuarenta Choluleses de la primera nobleza, estos le rogaron

\* En los escritos de Las Casas se lee mui desfigurado este suceso de Cholula. Es cierto que fue demasiado rigorosa la venganza, y horrible el destrozo; mas no carecieron los Españoles, para castigar a los Choluleses, de las razones que he indicado en el testo, y sin embargo ninguna mención hace de ellas aquel prelado. Tampoco es cierto que interviniesen aquellas odiosas circunstancias que él cita, y que no se hallan en ningun historiador antiguo. Para hacernos creer que los Españoles hicieron aquel escarmiento por mero capricho, y que mientras los soldados derramaban torrentes de sangre, el general cantaba alegremente unas coplas, sería necesario a lo menos que el mismo prelado lo refiriese como testigo ocular, o que alegase algunos documentos que bastasen a borrar la idea que nos dan de Cortés los que lo conocieron. De este modo sería algun tanto verosímil, lo que es enteramente increíble. Pero ni Las Casas se halló presente, ni cita prueba alguna digna de nuestra fé. Sin duda se valió ligeramente de alguna noticia dada por uno de los muchos enemigos del Conquistador. Yo no soi su panegirista, ni escuso sus yerros: pero soi historiador, hombre, y Cristiano, y bajo ninguno de estos aspectos puedo afirmar lo que no creo, ni creer de un individuo de mi especie tanta maldad, sin graves fundamentos. Describo el hecho de Cholula como lo hallo en los historiadores sinceros que se hallaron presentes, o que se informaron tanto de los antiguos Españoles como de los Indios.

que diese lugar entre tanto rigor a la clemencia, y que permitiese a uno o dos de ellos, ir a llamar a las mugeres, niños, y otros fugitivos, que andaban aterrados, y llenos de espanto por los montes. Movido Cortés a compasion, mandó cesar el furor de las armas, y publicó un indulto general. Promulgado este bando, se vieron de repente alzarse de entre los muertos, algunos que habian fingido estarlo, para preservar la vida, y acudir a la ciudad bandadas de fugitivos, deplorando quien la muerte del esposo, quien la del hijo, quien la del hermano. Mandó Cortés quitar de los templos, y de las calles los cadáveres que empezaban a corromperse, y poner en libertad a los nobles prisioneros, y dentro de pocos dias quedó aquella ciudad tan bien poblada, que no parecia faltar ninguno de sus habitantes. En seguida recibio las enhorabuenas de los Huejotziques, y de los Tlascalenses, y el juramento de fidelidad a la corona de España, de los mismos Choluleses, y de los Tepeyaqueses; ajustó los disturbios que reinaban entre las dos republicas de Tlascal, y Cholula, y restableció su antigua amistad, y alianza, que se mantubo firme desde entonces en adelante. Finalmente para cumplir con las obligaciones de la religion, y de la caridad, mandó romper las jaulas, y poner en libertad a todos los prisioneros, y esclavos destinados a los sacrificios. Hizo ademas limpiar el templo mayor, y enarboló en él el estandarte de la cruz, despues de haber dado a los Choluleses, como a todos los otros pueblos entre los cuales se detenia, algunas ideas de la Religion Cristiana.

*Otra embajada, y regalos de Moteuczoma.*

Orgullosa el general Español por tan felices sucesos, y deseoso de amedrentar a Moteuczoma, encargó a los embajadores Megicanos digesen a su señor, que si hasta entonces se habia propuesto entrar pacíficamente en Megico, despues de lo ocurrido en Cholula, se habia determinado a entrar como enemigo, y haciendole cuanto daño pudiese. Los embajadores respondieron que antes de tomar aquella resolucion, hiciese mas diligentes ipvestigaciones sobre los sucesos últimamente ocurridos, para asegurarse de las buenas intenciones de su soberano, y que si le parecia bien, uno de ellos pasaria a la corte a representar al rei las quejas que de él tenia Cortés. Consintio este en aquella medida, y al cabo de seis dias volvió el embajador, trayendo un gran regalo, que consistia en diez platos de oro, de valor de muchos miles de pesos, mil y quinientos vestidos, y una gran provision de comestibles, dando gracias al general Español, en nombre del monarca, por el castigo que habia dado a los Choluleses, y asegurando que el egercito